

París, médico eminente, profesor de su escuela de medicina en donde enseñó anatomía, patología y fisiología, un hombre de bien y un filántropo por encima de todo, el amigo de Franklin, y de los célebres cuanto desgraciados Lavoisier y Bailly, glorias de las ciencias químicas y astronómicas con cuya cooperación emancipó á París de los terrores del magnetismo y de las artes mágicas, el doctor Guillotin, en fin, á quien se ha atribuido la invención de la Guillotina cuando sólo pidió la igualdad de todos los ciudadanos delante el verdugo (1). Gui-

(1) En el antiguo regimen hasta delante del verdugo había privilegios. Guillotin que fué nombrado diputado por París en la sesión de la Asamblea Constituyente del 10 de Octubre de 1789, presentó su proposición encaminada á que no hubiera distinciones ante el verdugo ya que de morir decapitado, muerte reservada solo á los privilegiados, no había deshonor para la familia, mientras que el suplicio de la horca, reservado para los no nobles, infamaba la familia. Además, por uno y otro procedimiento, las ejecuciones eran crueles y dolorosas, y Guillotin entendía bien que las leyes pueden ser severas y rigurosas pero no crueles, así proponía que se estudiara un medio mecánico para asegurar los enérgicos efectos de la decapitación. En su discurso indicó varios procedimientos antiguos y modernos, pero fué el cirujano Sonis y el alemán Schmidt quienes determinaron la forma de la guillotina. Pero Guillotin era un patriota y los aristócratas no le perdonaron que hasta como criminales se les igualara á los plebeyos y así principiaron á hacer burla de su filantropía y liberalismo y á dar al nuevo instrumento de muerte su nombre, y esto desde el 14 de Diciembre de 1789, en la siguiente canción que se hicieron circular por todas partes los agraviados nobles:

Guillotin
Médecin
Politique,
Imagine un beau matin
Que pendre est inhumain
Et peu patriotique.
Aussitôt
Il lui faut
Un suplice
Qui, sans corde, ni poteau
Supprime du bourreau
L'office.
C'est envain que l'on publie
Que c'est pure jalousie
D'un suppôt
Du tripot
D'un Hippocrate,
Qui d'ocire impunement,
Meme exclusivement,
Se flatte.
Le Romain
Guillotin,
Qui s'apprête
Consulte gens du métier
Barnave et Chapelier
Meme le Coupe-tête,
Et sa matin

llotin había publicado también su folleto intitulado «Petición de los ciudadanos domiciliados en París» en favor del doblamiento del Tercer estado y habiéndole ordenado el Parlamento que se presentase, compareció en su barra para declararse autor y distribuidor del folleto. Su resuelta actitud, el gentío que acudió al acto que se entregó á toda clase de demostraciones simpáticas para el valeroso doctor, todo le hizo creer al Parlamento que se había tramado una conspiración al efecto de provocarle á una medida severa que había de ser motivo ó pretexto de una revuelta. Esto indica Sallier al manifestar su creencia de que hubo complot para acabar de despolarizar el Parlamento. ¿Pero qué necesidad se tenía de rematar una obra que se podía dar ya por terminada? El Parlamento no se había revoltado? ¿De unos Estados según la forma absolutista no había pasado á unos Estados según la forma democrática? ¿Mas aún no hemos indicado que el Parlamento se asoció á la *lettre* de los príncipes y al manifiesto de los pares y de los duques? Su presidente de Ormesson no usó el lenguaje de dichos privilegiados? ¿A qué matar lo que ya estaba muerto?

Sallier le duele tener que confesar que el Parlamento se sentía ya impotente para obrar contra el movimiento de la opinión que como veremos disuelve el antiguo régimen con solo declararse de franca oposición. El Parlamento quiso procesar á Guillotin precisamente por dar golpe, y al ver la unanimidad de la opinión se asustó, volvió atrás, ó le hicieron volver atrás que en esto si que estamos conformes con Sallier. «El Parlamento consternado, dice, no podía hacer más que deplorar, en sus deliberaciones sin resultado, la ruína evidente y próxima de la monarquía.» Así se hizo una ley casi absoluta del silencio, *por lo mismo que estaba cierto de ser abandonado y hasta desautorizado por el rey*. La prudencia le decía que no comprometiera en vano los restos de una autoridad ya sobrado poco respetada, y sobre todo debía evitar que sus acuerdos no fuesen causa ó pretexto de desórdenes más grandes. Apenas osó elevar la voz á causa de la licencia extremada de los títulos. «Hay tiempos, decía el abogado general Séguier en uno de sus elocuentes informes, en los cuales los ministros de

Fait soudain
La machine
Qui simplement nous tuera,
Et que l'on mommera
Guillotine.

(Actes des Apôtres, núm. 10)

justicia deben por pudor dejar de interrogar sus oráculos.»

La justicia, pues, se declaraba impotente, y desconfiando del apoyo del gobierno deja que la ola que Necker había dicho que iba subiendo amenazando con tragárselos á todos siguiera su camino, sin los obstáculos que sólo ella podía poner para contenerla ó quebrantarla. Cuando los tribunales dejan de funcionar,—como garantía del orden público,—¿qué es de la paz, qué es del orden interior de un Estado? ¿Se quiere más notorio ejemplo de la anarquía que lo disuelve todo y lo consume?

Esta anarquía toma todavía una forma más precisa con el decreto de *Convocación de los Estados generales á Versailles para el 27 de Abril de 1789*. En este decreto, el gobierno, después de haber por tanto tiempo sostenido que los *Estados generales* no eran mas que un cuerpo consultivo y que en definitiva no había más legislador que el rey, hace como Lomenie con la Asamblea del clero, le indica que sus atribuciones son generales para todo lo que se relaciona con el bien del Estado. Así dice «que los diputados electos se presentarán provistos de instrucciones y poderes generales y suficientes, para proponer, censurar, avisar y consentir en todo lo que pueda concerner las necesidades del Estado, la reforma de los abusos, el establecimiento de un orden fijo y durable en todas las partes de la administración, la prosperidad general de nuestro reino y el bien de todos y cada uno de nuestros súbditos, asegurándoles de que, por nuestra parte, encontrarán toda nuestra buena voluntad y afectión, para mantener y hacer ejecutar todo lo que se habrá concertado entre nos y los dichos Estados, ya relativamente á los impuestos que hayan consentido, ya para establecimiento de una regla constante en todas las partes de la administración y del orden público; prometiendo pedirles y escuchar favorablemente su opinión sobre todo lo que pueda interesar al bien de nuestros pueblos y de proveer sobre las quejas y proposiciones que se nos hagan; de tal manera que nuestro reino y todos nuestros súbditos en particular, sientan para siempre los efectos saludables que deben prometerse de una tal y tan noble Asamblea.»

¿Cómo sostener después de conocido este párrafo del preámbulo de dicho decreto, obra esta vez de Barentin, que los *Estados generales* quisieron usurpar la autoridad constituyente? ¿No les dice el rey que podrá proponer sobre todo lo que convenga á sus pueblos? ¿A quién se ha de atribuir la responsabilidad de tal lenguaje? A Necker no, seguramen-

te, ya que sus implacables enemigos no le han pedido por ello responsabilidad alguna. Al rey, á su camarilla, á los cortesanos que creían reducir al Tercer estado con su lujo y su boato, á estos hay que achacar el haber llamado unas Constituyentes creyendo sólo llamar unos *Estados generales* para dar su opinión sobre los puntos de una consulta real.

La anarquía existe, pues, en todas partes. En el gobierno, en donde vemos á los ministros sin plan, ni inteligencia común sobre la marcha que se ha de imprimir á la política, y á su jefe esperando siempre conocer la última palabra del rey en un asunto cualquiera, cuando este há hecho ya acto de autoridad. Anarquía en las provincias, en donde cada una defiende á su manera sus constituciones particulares. Anarquía en los grandes tribunales del Estado, que al sentirse abandonados por el gobierno se encierran en la reserva de su impotencia. Anarquía en la fuerza pública que nadie se atreve á emplear ni á convocar por miedo de que no se disuelva ante el tumulto, y anarquía en la masa general de la nación á causa del desborde natural de la imprenta, que no en vano rompía los diques que durante millares de años se habían puesto á la manifestación del pensamiento libre.

La revolución, pues, no trajo, sino que vino á caer en el abismo sin fondo de la anarquía del antiguo régimen.

Preséntase, si es permitido hablar así, esta anarquía en toda su realidad en provincias. Ya hemos visto que todas ellas estaban alborotadas á causa del golpe de Estado y que la autoridad ni aún á tiros podía imponerse como había sucedido en el Delfinado que tuvo que transigir y autorizar la Asamblea de Vizille. La caída de Brienne lejos de apaciguar los ánimos los exaltaron, aún más porque con Necker todos creían ganar, pero á medida que los sucesos fuéronse desarrollando la anarquía se apoderó de las provincias, porque la paz y la concordia se turbaron á causa de las pretensiones del Tercer estado. Así es que en todas partes el Tercer estado tuvo que contar desde luego con la enemiga de la nobleza, á la que desde aquel momento había prestado todo su apoyo y recibido, en cambio, su pretensión.

Embrolló aún la marcha de los sucesos el restablecimiento de los Parlamentos provinciales, pues creyéndose éstos fuertes, quisieron imponerse al Tercer estado, produciendo lamentables conflictos, pero el conflicto general vino de los apuros del Tesoro. Necker tenía necesidad de dinero, y este dinero sólo podía llegar de provincias mediante el

pago de los impuestos, pero éstos no se habían votado porque entre la supresión de los Parlamentos, la recién instalación de las Asambleas provinciales y la oposición que se hacía á éstas con la reclamación constante de los Estados provinciales, el tiempo pasaba y los impuestos no se votaban. Necker, pues, se decidió á resolver de plano todas las dificultades consintiendo la convocación de los Estados provinciales, viniendo así á anular los organismos

nuevos que ya le habían prestado buenos servicios, y claro está que con esta medida no sólo se contentaba á unos y descontentaba á otros, sino lo que es peor, se acreditaba en todas partes la idea de la debilidad é impotencia del gobierno.

Cierto que, con dicha medida, se procuró Necker dinero, pues los Estados se apresuraban á votar los impuestos independientemente de sus cuestiones íntimas, pero éstas que eran como sinfonía de las



CAZALES

que iban á estallar en Versalles dentro de poco, desorganizaron por completo la provincia que volvieron á ensangrentar.

Una vez consentida la reunión de los Estados provinciales, en todas las provincias reapareció la cuestión que aún no había resuelto el gobierno para los *Estados generales*, la cuestión del doblamiento del Tercer estado. En todas partes el Tercer estado reclamó este doblamiento, y en todas partes como si obedeciese á una consigna,—y claro está que la obedecía,—se empleó para conseguirlo la táctica que Duport nos ha revelado como obra de la Sociedad de los Treinta. Mirabeau y otros de sus miembros se presentaron en los *Estados generales* en cumplimiento del mandato de la sociedad.

Mirabeau provenzal se fué á su nación, como se decía entonces, sin seguridad de ser admitido, pues debía presentarse en virtud de dicho acuerdo como diputado de su orden de la nobleza, y el conde de

Mirabeau no tenía perfecto derecho en su representación, por lo mismo que no era un poseedor de feudos, sino un su heredero, pues su padre el *Amigo de los hombres*, aún vivía y no había querido renunciar en favor de su hijo. Sin embargo, los Estados de Provenza reunidos en Aix le aceptaron como representante de la nobleza. En Aix, fué en donde resonaron los primeros grandes discursos de Mirabeau que le hicieron en extremo popular, máxime cuando la nobleza ciega y desalentada, le arrojó de los Estados anulando su elección después de haber aplaudido y seguido sus discursos. Mas como viera Mirabeau imposible toda inteligencia entre las órdenes privilegiadas y el Tercer estado que no quería deliberaciones por orden, ni voto por orden, ni la antigua representación, sino que quería estar bajo un absoluto pie de igualdad con los privilegiados. Mirabeau se puso de parte del Tercer estado, sostuvo sus revindicaciones con toda su elocuencia, lan-

zando á la nobleza su celebrísimo apóstrofe en que se comparaba al último de los Gracos y que todo el mundo conoce. La nobleza mal inspirada, recordó que sólo había admitido á Mirabeau por condescendencia, ordenó que se volviera sobre su admisión, y la anuló. Mirabeau conseguía más de lo que se había propuesto al acudir á los Estados de Provenza, esto es, el asegurar su elección á los *Estados generales*, pues desde este momento no solo la tuvo segura por parte del Tercer estado, sino que se había

ganado lo que él más estimaba, una popularidad inmensa.

Cuando un cuerpo tan respetable como los Estados de la nación provenzal, obraba con tanta pasión y ligereza, cuando daba con su pueril venganza justo motivo para que Mirabeau declamase á sus anchas contra el despotismo de un régimen que de esta suerte anulaba á los miembros de las Asambleas que con sus discursos ó sus actos disgustaban á los privilegiados, y era posible que todo el clero y



GARAT

toda la nobleza se hiciera solidaria de tan graves y perturbadoras resoluciones, el orden público y político estaban perdidos sin remedio.

Además cuando lo mismo en París que en Provenza, en el Delfinado que en el Franco Condado etcétera, una parte de la nobleza se pone al frente del Tercer estado, las antiguas bases del orden político demuestran claramente su inminente ruína. Este ejemplo no tardará en seguirlo parte del clero, imitando al delfinés, á Sallier, Tayllerand y Maury, y penetrando más adentro la descomposición veremos á los mismos privilegiados renunciar en masa aquello mismo que antes solo se les pedía que renunciaran parcialmente. Pero en estos momentos los privilegiados se creían aún fuertes para resistir, y así no titubeaban en tomar resoluciones tan graves como las que tomaron en el Franco Condado y en Bretaña, mediante juramento de no consentir que se derogase la antigua forma de los Estados que

aseguraba á los privilegiados su omnipotencia. ¿Y qué sucedía cuando los Parlamentos apoyaban estas resistencias? Que ora el gobierno, ora el tumulto daban cuenta de ellas, porque el gobierno no podía consentir que lo que él establecía como principio en los *Estados generales* fuese desconocido en provincias y aún censurado como medió en el Franco Condado.

En Bretaña el cambio de línea de conducta de la nobleza, hubo naturalmente de producir serios disgustos. La aristocracia bretona se creía ya dueña de la situación á la subida de Necker que naturalmente se apresuró á abrir las puertas de la Bastilla á su diputación, pero entonces apareció el Tercer estado en virtud del plan político reclamando justicia para concurrir á los Estados de Bretaña. Volney, como hemos dicho, fué á la Bretaña para sostener los derechos del pueblo y sus escritos, cuya apasionada y melodramática elocuencia es de todos cono-